

CII.

Bandadas de torcaces, blancas nubes  
De blancas flores que arrebató el viento,  
Ay ! eso son á veces cuando lloro  
    Mis locos pensamientos !  
Tropel de aves fatídicas, tinieblas  
Que arrebató el turbión del cementerio,  
¡ Ay, eso son á veces cuando río  
    Mis tristes pensamientos !

CIII.

Es preciso callar... De estas canciones  
    Aún tiene el alma muchas ;  
Pero guardadas en el pecho mío,  
¡ Bajarán con mis restos á la tumba !

CIV.

Después que yo me ausente, no me busques,  
    Niña, en el panteón,  
Ni busques esta llama que me abrasa  
    En los rayos del sol,  
Ni busques mis miradas en los astros,  
    Ni mi aliento en la flor ;  
Ni en las sombras que vagan por las noches  
    Mi ardiente inspiración !  
Si quieres encontrarme entero, busca  
    En mis versos, mi amor ;  
Y si buscas mi imagen, no la busques  
Si no la guarda ya tu corazón !

TROVAS COLUMBINAS

Méjico, abril de 1881.

Á LA SOCIEDAD

## COLOMBINA ONUBENSE

HUELVA.

*José Peón y Contreras.*

## CRISTÓBAL COLÓN

---

I.

Espíritu gigante que otros mundos  
En el espacio habitas,  
Torna al sepulcro que tu cárcel guarda,  
Y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco  
Arrástrate y camina;  
Vuelve á poner sobre tu frente augusta  
La corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio  
Sardónica sonrisa;  
Que la estúpida plebe te escarnezca;  
Que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón sencillo  
El arma de la envidia,  
Y torrentes de lágrimas, á solas,  
Mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos  
Tu sombra fujitiva,  
Mientras te burla en los salones rejios,  
Necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta  
La poderosa vista;

Tu llanto beba la arenosa playa,  
Y que besen tu sien auras marinas.

Y sulca al fin los piélagos ignotos  
En la arbolada quilla,  
Y triunfa... Y al rumor de tus cadenas  
Caiga en el polvo mi dorada lira.

II.

Al mediar de la noche silenciosa,  
A la pálida luz de las estrellas,  
Vagaba por los mares lusitanos  
Una hermosa galera jenovesa.

Iba de corso. El timonel velaba  
Viendo brillar el fósforo en la estela...  
De repente paróse, gritó : — « Fuego : »  
Y el fuego apareció sobre cubierta.

III.

Ardía envuelta la galera en llamas,  
No lejos de la costa :  
Ase un marino el remo con la diestra  
Y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento  
Hiende las bravas olas,  
Y pisa al cabo con segura planta  
Riberas de Lisboa.

Dirije luego la mirada al cielo,  
Serena y melancólica,  
Y la vuelve á la mar, y la dilata  
Por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvían  
Al jenio de las ondas ;  
La mar lo rechazaba. ¡ Y para el náufrago,  
Era la tierra poca !

IV.

Alto, robusto, varonil semblante  
Por noble, seductor ;  
La tez, un dia transparente y blanca,  
Tostada del sol ;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,  
Tal vez por el dolor ;  
Su madre patria, Jénova ; su nombre  
CRISTÓBAL COLÓN.

V.

El que á solas en su hogar  
Con la sociedad se encierra,  
Sus penas no ha de contar,  
Ni á las flores en la tierra,  
Ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir  
En su mente un pensamiento  
Que en su mente ha de morir,  
Pues en tan hondo aislamiento  
¿ Á quién se lo va á decir ?

No les ha de revelar  
Sus penas y sus temores,  
Pues no le han de contestar,  
Si está en la tierra, las flores,  
Ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor  
Y la ola al mar, y al horror  
Del pasado, el sufrimiento ;  
Y vuelve á el alma el lamento  
Que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar  
Con la soledad se encierra,  
Sus penas no ha de contar,  
Ni á las flores en la tierra,  
Ni á las olas en la mar.

VI.

No está la nube en los espacios sola  
Ni viven solas en el mar las algas ;  
Y en el humano pecho  
Sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,  
Y las ramas del árbol en las ramas,  
Y en el agreste nido  
Se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día  
Jimiendo en triste soledad ingrata,  
Halló por su ventura  
El alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,  
Y blancos lirios la infecunda playa,  
Y la celeste bóveda  
Limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella  
En la lóbrega noche de borrasca,  
Y penetró su rayo  
En el sombrío corazón del nauta.

VII.

Después de la luz, la noche  
Envuelta en niebla sombría ;  
Después del placer, las tristes  
Lágrimas en la mejilla.  
Bajo los pétalos blancos  
De la flor, la aguda espina ;  
Bajo las rosas, el polvo  
De las rosas de otros días.  
Junto al azahar de la boda,  
*Inmortales* amarillas ;  
Junto á la cuna, la huesa ;  
Junto á la nada, la vida.

VIII.

Dichosa mansión, dichosa  
Si no la nubla el pesar.  
¡Qué hermosa en la luz, qué hermosa  
En el cielo del hogar !

En el hogar, lo mismo que en el cielo,  
Hay también un crepúsculo sombrío :  
El cielo moja de rocío el suelo,  
Y son en el hogar como rocío  
Las lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansión, qué triste,  
Cuando la nubla el pesar !  
¡Colón de negro viste  
El cielo de su hogar !

IX.

Bajo del sauce tétrico,  
La sepultura cubre

Su oscuro seno, con mullido césped  
Y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,  
Entre otras tristes cruces,  
Señalan todos el postrero sitio  
De los que ya no sufren.

Colón, lloroso y pálido,  
En hora amarga y lúgubre  
El sitio señaló donde dormía  
Su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas  
Miró la tumba fúnebre,  
Cubrir su seno con mullido césped  
Y con lirios azules:

X.

Al borde de un sepulcro, de rodillas  
Estaba Colón,  
Y también de rodillas, y á su lado,  
Un vástago en flor.

Un niño que tenía en la mirada  
Amarga aflicción:  
Y sin consuelo y entre acerbas quejas  
Lloraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,  
De inmenso dolor,  
En que el nauta se alzó de la tumba  
Y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse  
Sencilla oración,

Y de la boca varonil y trémula  
Un himno de amor.

XI.

« ¡ Amor, mi amor! Celeste mensajera  
Del dulce bien y la esperanza mía,  
De tu edad en la dulce primavera  
Te ví rodar bajo la tierra fría;  
Amor, amor, en mi ilusión primera  
Inagotable fuente de alegría;  
Purísimo raudal que apuré ansioso  
Más que agora infelice, venturoso.

« ¿ Á dónde voy, errante peregrino,  
Sin sombra, sin amparo, sin consuelo?  
Murieron ya las flores del camino,  
Se apagaron las lámparas del cielo:  
Sobre mí poderoso torbellino  
Las nubes amontona en denso velo;  
La soledad mi espíritu amedrenta,  
Y ruje en mis oídos la tormenta.

« ¿ Si escuchara tu voz, Felipa mía,  
Vibrante como música sonora,  
Renacieran la paz y alegría  
Del que sin paz sus alegrías llora;  
Renacieran las flores que tejía  
Al risueño alborar de blanca aurora,  
Con que anudaba los perdidos lazos,  
Embriagado de amor entre tus brazos.

« ¿ Y era un sueño no más tanta ventura?  
¿ Fantástica ilusión, belleza tanta?  
Al través de esa losa helada y dura,  
Que al golpe de mi pecho se quebranta,  
La imagen de tu pálida hermosura

Pienso que ante mis ojos se levanta.  
Y de nuevo suavísima y tranquila,  
Arde la luz del cielo en tu pupila.

« Parece que otra vez los dos unidos  
Con las caricias de tu amor profundo,  
Soñamos de placer embebecidos,  
En hallar para el mundo un nuevo mundo.  
Delirantes, acaso, los sentidos,  
El espíritu inquieto y vagabundo,  
Dejábamos volar el pensamiento  
Libre y altivo en la región del viento.

« Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?  
De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?  
Movi6 su rueda el porvenir esquivo,  
Y á los dos nos hundi6 bajo su rueda.  
Errante, desdichado, fujitivo,  
Mientras la duda el corazón hospeda,  
Ir6 sin guía, sin tim6n, sin norte,  
De lugar en lugar, de corte en corte.

« Mas donde quiera que me arrastre el hado  
Renovarán nuestra sencilla historia,  
Las dulces horas que pas6 á tu lado,  
Fugaces retornando á la memoria.  
Presente siempre mirar6 el pasado ;  
Y ya á la luz ardiente de la gloria,  
Ó de la sombra al tenebroso abrigo,  
Tu amor, tu imagen, estarán conmigo.

« Tu amor, sólo tu amor : si el alma mía  
Cuna le di6 de perfumadas flores,  
Hoy, triste, amortajando su alegría,  
Cerr6 mi corazón á los amores.  
Y pues lo quiso Dios, la tumba fría  
Guarde aquí tus encantos seductores,

Que, á despecho del tiempo y del olvido,  
En mi alma vivirá como has vivido.

« Yo te he de ver en el fulgor postrero  
Del día al espirar en mi ventana,  
Y al fenecer la noche en el lucero  
Que se pierde á la luz de la mañana ;  
En el vapor errante y pasajero  
Que el cielo azul recorta y engalana,  
O al fulgor del relámpago en la nube  
Que en alas del turbión al éter sube.

« Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,  
Hallar la tierra que soñ6 mi mente,  
Y grande al fin, bajo el dosel del cielo,  
Ante Dios nada más baje la frente,  
Al detener mi fatigoso vuelo,  
En las arenas de la playa ardiente,  
Veré tu imagen en la nueva orilla  
Y sentiré tu beso en mi mejilla.

« En tanto, dulce bien, recibe el mío  
De mi cariño santo en el exceso. » —  
Y el noble jenovés, grave y sombrío,  
De su dolor en las cadenas preso,  
Cay6 de hinojos sobre el césped frío,  
Y en él dejando el doloroso beso  
Que repiti6 la noche en s6n lejano,  
Parti6, llevando al niño de la mano.

## XII.

Al misterioso impulso del destino  
Cruza Col6n un áspero camino,  
En alas de su loca inspiraci6n.

¡ Pobre marino !  
¡ Pobre Col6n !

En Portugal dejó cuanto quería;  
No supo Portugal lo que tenía :  
Portugal no lo supo por su mal ;  
No supo que perdía  
Su gloria Portugal.

Como arista que lanza el torbellino,  
Así lanzado el triste peregrino  
Abandonó una noche su mansión.  
¡ Pobre marino!  
¡ Pobre Colón!

XIII.

Con Dios que los acompaña,  
Y su amor y su cariño,  
Van, con ansiedad extraña,  
Solos un hombre y un niño,  
Cruzando tierra de España.

Van hacia Huelva, del cielo  
Y de su suerte á merced :  
Siente el hombre un hondo anhelo,  
Y el niño en su desconsuelo  
Hambre tiene, y tiene sed.

¡ Ay! Y entonces quiso Dios  
Que en aquel triste momento  
Llegaran, de amparo en pos,  
Á las puertas de un convento  
Desfallecidos los dos.

Era la Rábida. . . . Era  
Triste y sombrío por fuera,  
Y por dentro triste y serio,  
El vetusto monasterio  
Que años há que los espera.

Que apenas, tras el pesar  
De sus congojas testigo,  
Llamaron, — sin vacilar —  
Abrió un hermano el postigo  
Para dejarlos entrar.

Y entraron; y en su alegría  
Se olvidan de la pasada  
Y mortal melancolía . . . .  
¡ Puesto que Dios es su guía,  
Dios los lleva á su morada!

Diéronle al niño sustento,  
Al alma contentamiento ;  
Y de dulce paz gozando,  
Durmióse en el lecho blando  
De una sala del convento.

Y á Colón, como el mejor  
Alivio á su acerba pena,  
Le conducen, por favor,  
Á la celda del prior  
Fray Juan Pérez de Marchena.

XIV.

Leyó el fraile en los ojos del marino :  
Sondeó el marino el corazón del fraile :  
Juan Pérez de Marchena miró al jenio :  
Colón absorto contemplaba al ánjel.  
Lo que aquellos dos hombres se dijeron  
En aquella mirada, Dios lo sabe :  
Eso que sólo el pensamiento escribe  
No lo guarda la historia en sus anales.  
Colón le dió un tesoro al franciscano  
Encerrado en una arca impenetrable.

Miró Marchena el arca, y para abrirla  
Al nauta jenovés le dió la llave.

XV.

En pavoroso aislamiento  
Se mira el sagrado muro,  
Y solitario y oscuro  
El interior del convento.  
Una ráfaga de viento,  
Á grandes pausas, jemía  
En la estrecha celosía,  
Ó al penetrar en las rejas  
Destartaladas y viejas  
De la ruिनosa arquería.

De pronto un rumor se oyó  
Como el de abrirse una puerta,  
Y al fulgor de luz incierta,  
Un hombre al claustro salió.  
Paso á paso atravesó,  
Como una sombra lijera,  
Tras una y otra escalera,  
Uno y otro apartamiento,  
Sin que el débil eco lento  
De su pisada se oyera.

Como un timbre funeral  
Que los espacios recorre,  
Sonó la una en la torre  
De la iglesia conventual.  
De su puerta hasta el umbral  
Llegó el hombre; reverente  
Mojó su mano en la fuente  
Bendita; apagó la luz,  
Y la señal de la cruz  
Se hizo, rezando, en la frente.

Después, respetuoso y grave,  
En el templo penetró;  
Rezando siempre, avanzó  
Bajo la sagrada nave;  
Y ante una luz, que süave  
Lánguida y triste esparcía  
Sobre el altar en que ardía  
Vagos resplandores rojos,  
Cayó en el suelo de hinojos,  
En mitad de la crujía.

Inmóvil, meditabundo,  
Quedóse allí, sumerjido,  
Y aletargado el sentido  
En un éxtasis profundo.  
Allí, muy lejos del mundo  
En donde la infamia medra,  
Donde al espíritu arredra  
Huracán vertiginoso,  
Permaneció silencioso  
Como una estatua de piedra.

¿ Breve el tiempo? ¿ El tiempo largo  
Pasó para él? ¿ Gozaba,  
Ó del dolor apuraba  
Impío cáliz amargo? . . .  
Salió al fin de su letargo,  
Y tras la muda oración  
Que en honda contemplación,  
Tal vez alivió su duelo,  
Alzó los ojos, y al cielo  
Elevó su corazón.

«Señor, yo vengo á tí; yo estoy perdido  
Del bosque en la espesura :  
Su lobreguez medrosa me anonada,  
Sus vastas soledades me dan miedo.

« Yo vago errante en la extensión inmensa  
De procelosos mares,  
Y me estremezco de mirarme solo,  
Entregado á los vientos y las olas.

« Dale, Señor, al ánimo turbada  
Tu aliento poderoso ;  
Busco una senda que dirija al llano,  
Busco un bajel que me conduzca al puerto.

« La fe, como esa lámpara bendita,  
Arde perenne en mi alma ;  
No la apagues jamás, y de continuo  
Arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

« Yo presiento, Señor, la amarga lucha  
Que el porvenir me guarda ;  
Yo sé que en mi cerebro hay una idea  
Que siento que no cabe en mi cerebro.

« Mas tú, Señor, que la comprendes sólo,  
Porque de tí me vino,  
Dame arrojo y bravura en la batalla,  
No me abandones en la heroica empresa.

« Yo me humillo ante tí ; yo nada valgo ;  
Es tuyo cuanto pienso ;  
Haz que aparezca un día ante mis ojos  
Ese mundo que al fin es todo tuyo.

« Tú no enjendras la duda, tú afirmaste  
En mi alma la creencia ;  
Y no ha de ser mentira lo que creo,  
Que yo por tí lo creo, y tú no mientes.

« Yo sé que la verdad está escondida,  
Como está en este instante

El rayo ardiente de la luz febea,  
Que en breves horas lucirá su aurora.

« Un rayo de ese sol sé que algún día,  
Tal vez no muy lejano,  
Alumbrará, brillando ante mis ojos,  
De ignota playa la húmeda ribera.

« Yo quiero en esa playa que tu nombre  
Se escape de mi labio ;  
Quiero, Señor, de hinojos bendecirle ;  
Y no quiero morir sin que así sea. »

Calló Colón. En seguida  
Se levantó satisfecho,  
Cual si sintiera en el pecho  
Más vigor y nueva vida :  
Como el que juzga escondida  
La senda y la vuelve á hallar,  
Como el que torna á encontrar  
El tesoro que perdió,  
Así del templo salió  
En que le vimos entrar.

#### XVI.

Marchena le dió una carta  
Á Colón, le dió dineros,  
Humilde cabalgadura,  
Y su amor y sus consejos :  
Con el médico Fernández  
Y el tierno niño y un lego,  
Acompañóle hasta el atrio,  
Dándole valor y aliento.  
Le dijo que atendería  
En su ausencia al pequeñuelo ;  
Y el jenovés, pesaroso

Y feliz á un mismo tiempo,  
Aprisionando una lágrima  
En el fondo de su pecho,  
Rumbo á la corte de España  
Se alejó del monasterio.

XVII.

Fantasma que recorres los espacios,  
Impetuoso huracán,  
Hay una roca en que tus negras alas  
Se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas  
Del anchuroso mar,  
Hay una playa que en su arena ardiente  
La tumba te abrirá.

Y tú, gigante pensamiento, idea  
Que corres al azar,  
Para atajar tu paso y sepultarte  
Está la humanidad.

XVIII.

Las nubes que amontona  
La tempestad, le sirven de corona  
Á su pálida frente,  
Que avara esconde portentosa idea.  
Hay un abismo en su mirada ardiente,  
Y el rayo en el abismo centellea.  
¿ Á dónde va? ¿ Qué quiere? ¿ Quién le ayuda  
Á penetrar un misterioso arcano?  
Él mismo desfallece, él mismo duda,  
Y lleva en su conciencia un océano.  
En él sin rumbo ni timón navega  
Su propio pensamiento.

¡ Ay del que al fin de su esperanza llega !  
¿ Á dónde le conduce el sufrimiento?  
¿ Delira? No lo sabe.  
Colón no sabe en el dolor profundo  
De su inmensa tristeza,  
Si ese mundo que sueña está en el mundo,  
Ó lo lleva no más en la cabeza.

XIX.

Sobre las ondas de la mar humana,  
En el mar de la vida,  
Conduce el nauta con segura mano  
Su frágil navecilla.

Es la fe su timón ; su vela, el jenio ;  
El Salvador su guía,  
¡ El que sacando á Pedro de las olas  
Le condujo á la orilla !

XX.

¡ Flores para el alma, flores  
Para el pobre corazón!  
Sin consuelo, sin amores,  
Sólo siente los horrores  
De la desesperación.

Tal vez nace en él un puro,  
Dulce recuerdo de ayer,  
Como en las grietas del muro  
Triste, ruinoso y oscuro,  
Suele una hierba nacer.

Tal vez exhala un lamento  
De dolor ; del sentimiento  
Melancólico jemido

Que sube al cielo, perdido  
Entre las ondas del viento.

Nada en su suerte fatal  
A mirar siquiera alcanza  
Que alivie su ansia mortal;  
Y entre un velo funeral  
Se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena;  
Más que la pena, el martirio  
Que el espíritu envenena,  
Y á la razón enajena  
En horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,  
Otro día, y en eterno  
Padecer, la noche impía;  
Y con ella la agonía  
Espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor  
Hermoso de la mañana;  
Siempre el tormento mayor,  
Y más cercano el dolor,  
Y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,  
Al rigor del sufrimiento,  
La débil materia inerme...  
;Mas si la materia duerme,  
Nunca duerme el pensamiento!

XXI.

Pasa en la humana marea  
Lo que en el revuelto ponto :

Siempre la espuma está arriba,  
Nunca hay espuma en el fondo.

Para lograr una empresa  
Es un siglo tiempo corto,  
Si para ella, al fin lograda,  
Es la eternidad un soplo.

Guardó Dios el pensamiento  
Como en un sepulcro lóbrego,  
Y nadie ha visto pensar  
Ni á los cuerdos ni á los locos.

Encierra tus pensamientos  
Allá muy hondo, muy hondo,  
Y á nadie se los descubras  
Si no piensas como todos.

Por el camino más breve  
Nunca preguntes : tú solo  
Sabrás, midiendo tus fuerzas,  
Por cuál se llega más pronto.

Si no han de entenderte, nunca  
Muestrés tu idea á los otros,  
Que el que quiera ver al sol  
Tiene que cerrar los ojos.

Nada importa que murmuren;  
Nada que te llamen loco;  
Si Dios te da fe... ; Ya sabes  
Que Dios está sobre todo !

XXII.

“ Como Venecia y Portugal, España,  
Quédate con tus reyes y tus sabios,

Pues que creyeron fábula ó patraña  
Lo que acertaron á decir mis labios :  
Nada llevo de tí, no me acompaña  
Ni el recuerdo cruel de tus agravios :  
Nunca mi pecho de rencores supo :  
¡ En él no más la desventura cupo !

“ Tal vez otro monarca en otra tierra  
Pueda abarcar mi extraño pensamiento,  
Que la fe que el Señor en mi alma encierra  
No se apaga en mi alma ni un momento ;  
Ni el porvenir mi corazón aterra,  
Ni mi espíritu apoca el sufrimiento ;  
Que en la tierra ó el mar, tras mi destino,  
No han de faltarme aliento ni camino. ”

XXIII.

Esto dijo Colón frente al soberbio  
Alcázar de Granada,  
Donde estaban los reyes de Castilla,  
Donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho  
Su corazón desgarras,  
Salió de la ciudad, enderezando  
A Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,  
Su múltiple desgracia,  
Que el niño con Fray Pérez hace tiempo  
Que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía  
Perder sus esperanzas,  
Abandonar sus ilusiones todas,  
Abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco  
De un corcel que volaba.  
Y sospechó, riendo de alborozo,  
Que él era á quien buscaban.

XXIV.

¿ Seguíisme ?

— Sí.

— ¡ Voto á tal !

— Os esperan.

— Podrá ser :

¿ Quién me espera ?

— Una mujer

En el Palacio Real.

— No es á mí, por vida mía.

— ¿ Sois Colón ?

— El mismo soy ;

Y, ya lo estais viendo, voy

Camino de Andalucía.

Y ni me quiero volver,

Ni sobra para eso espacio,

Ni con damas de palacio

Tengo yo nada que ver.

— ¿ Irme sin vos ? No, en mal hora,

Ni sé que os podais negar ;

Que quien os manda llamar

Es la Reina mi señora.

— ¿ La Reina ?

— En su nombre vengo.

— ¿ Que yo retorne á Granada ?

Si os burlais, con esta espada

De haceros pedazos tengo.

— Os juro que hablo formal.

— En ese caso ya os sigo.

— Bien, señor, ireis conmigo

Hasta el Palacio Real.